

capite de un mundo electo; y en las playas indispuestas
latas del Egipto, diarias la parte a sus soldados, lo que
para lo más florido de sus esbeltas, si en la existencia
de uno de sus hijos y del Estado Potosí, y se llama
por último al Rey, el cual, conocido como un monarca
decepcionado, y agitando la guerra en sus penales
Bruchad las últimas palabras que dice a su hijo, lo
redio al principio de la vida.
El hijo, el primer consejo que le dio es que sea
el hijo que todo lo consiga, todo lo busque. An
te la vida, de la que se dice que pagan en el cielo, así
sea. Se demuestran, levote de la Virgen, San Juan,
y comparativo liberal para con los pobres. En sus
más en la presencia de conversiones, libertades, cuando
losa, matriculas. En sus gobiernos, las palabras in-
fantos a Dios, la Virgen y a los Santos, habiendo
violencia contra los eclesiásticos y sus religiones
y la revolución. Antes de emprender guerra alguna,
portales los milicos para conservar la paz. Un
a la Iglesia Católica, y venca al Papa como a un papa.
Impide todo el mal que pudiera ser. No haga cosas
lucras superiores a sus fuerzas. Un Potosí con
tribuciones injustas, no debe ser. Se debe a
Oh Luis de Francia, envia a mi pueblo las mismas
bendiciones que a tu hijo, y aléjale la guerra de seguir
las cosas que antes de volar al cielo le dices.
Por último, cuando la guerra se levanta, se debe
a la paz, a la paz, a la paz. Así se llama a la paz.
La guerra, cuando se levanta, se debe a la paz.
La guerra, cuando se levanta, se debe a la paz.
La guerra, cuando se levanta, se debe a la paz.

ELOGIO FÚNEBRE

DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO, PRONUNCIADO
EN LA CATEDRAL DE SAN LUIS POTOSÍ, EN LAS SOLEMNES
EXEQUIAS CELEBRADAS POR LA COLONIA ESPAÑOLA,
EL 9 DE SEPTIEMBRE
DE 1897.

aparecido las manchas de la sangre del mártir. La ju-
ven humana ha cumplido su misión con la rapidez y el
rigor que tamaño crimen demandaba, y el gusano tan-
tando reposa en la huesa cavada por el verdugo. El timón
de esa nave tan difícil de gobernar, que en medio de la
tormenta se ve privado de la dirección del
gran republicano, se ve ya empuñado por otros manos
que parecen llevarla por idéntico rumbo. Sus
deudas, su partido, el Estado, las Academias, los pobres,
empujan a dividirse la herencia del poder, del político,
del patriota, del sabio, del cristiano. La máquina social
funciona en ambos mundos con la misma presión que
antes del funesto acontecimiento, y todo, al parecer, ha
pasado.

ELOGIO FÚNEBRE

DEL EXCMO. SR. D. ANTONIO CÁNOVA DEL CASTILLO, PROMOCIONADO
EN LA CATEDRAL DE SAN LUIS POTOSÍ, EN LAS SOLEMNES
EXQUISAS CELEBRADAS POR LA COLONIA ESPAÑOLA
EL 9 DE SEPTIEMBRE
DE 1897.



Non solum Judaei, sed aliae quoque nationes indignabantur, et moleste ferebant de nece tanti viri injusta.

No sólo á sus compatriotas y correligionarios, sino también á las naciones extranjeras, ha llenado de indignación y sumergido en hondo duelo, el alevoso asesinato de varón tan insigne.

II MAC., IV, 35.

UN mes ha transcurrido desde que se consumó el horrible atentado. La ilustre víctima duerme tranquila en su glorioso sepulcro, y han desaparecido las manchas de la sangre del mártir. La justicia humana ha cumplido su misión con la rapidez y el rigor que tamaño crimen demandaba, y el asesino también reposa en la huesa cavada por el verdugo. El timón de esa nave tan difícil de gobernar, que en medio de la más furiosa tormenta quedó privado de la dirección del gran repúblico, se ve ya empuñado por otras manos vigorosas que parecen llevarla por idéntico rumbo. Sus deudos, su partido, el Estado, las Academias, los pobres, empiezan á dividirse la herencia del prócer, del político, del patriota, del sabio, del cristiano. La máquina social funciona en ambos mundos con la misma precisión que antes del funesto acontecimiento, y todo, al parecer, ha pasado.

Todo ha pasado, sí; pero aun no pasa la indignación universal causada por el alevoso asesinato del insigne varón. Aún no se secan las lágrimas que ha hecho verter la pérdida, en estos momentos irreparable, de aquel á quien miraba España como su salvador. Aún se mantiene vivo el sentimiento de horror producido por la inicua trama que, al arrebatarse la vida del primer Ministro de una monarquía, amenaza con igual suerte á todos los príncipes y gobernantes de la tierra. Como en tiempo del sacerdote Onías, la indignación y el luto no se manifiestan únicamente entre los partidarios y compatriotas de la ilustre víctima, *non solum Judæi*, sino que alcanzan á todas las naciones civilizadas de ambos continentes, *sed alix quoque nationes indignabantur*. Tiemblan en su trono el Czar de todas las Rusias y el Sultán de Turquía; se tienen que rodear de guardias aun el Presidente de la República francesa y el Rey Humberto, si bien el poder de uno y otro emana de los principios modernos; y hasta los supremos Magistrados de los Estados libres de ambas Américas se estremecen en las sillas en que la voluntad del pueblo los ha colocado.

Es que el proyectil homicida no ha herido tan sólo al jefe del partido conservador de la monarquía española. Si así fuera, habría vacilado, señores, en aceptar la misión que me confiasteis de pronunciar su elogio al pie del altar. El repúblico insigne á quien lloramos, hace tiempo que á la España entera representaba, que era, si así puedo expresarme, la encarnación viviente del *pensamiento español*. Aún hay más. Desde que empezó la lucha titánica en defensa de las últimas posesiones españolas en América y el extremo Oriente, personificaba el

grande hombre de Estado los intereses de toda la raza española en ambos hemisferios, el elemento *pan-hispánico*, si me permitís esta expresión. Y no es esto todo. Al caer herido de muerte por un asesino que ningún resentimiento personal abrigaba contra su víctima, se elevó ésta á la categoría de representante del orden social, del principio de autoridad, de esa autoridad que emana de Dios mismo y que todos estamos obligados á defender. He aquí por qué subo con tanta confianza á esta cátedra, no sólo por complacer á la Colonia Española de mi ciudad episcopal, sino en cumplimiento de un alto deber religioso y patriótico, á tejer el elogio de DON ANTONIO CÁNOVAS DEL CASTILLO; y me perdonaréis si al anunciároslo no agrego sus numerosos títulos, porque para señalaros su grandeza basta su nombre.

Un mes ha transcurrido, señores, desde que abandonó la tierra su alma escogida, y aun se pregunta el mundo quién podrá reemplazarlo. ¿Cuándo volverá á suscitar la Providencia otro hombre que á un talento tan claro úna la afición al estudio y el amor á las letras hasta sus últimos instantes; que ponga estas altas cualidades, naturales y adquiridas, al servicio de la patria, y que anime su vida pública y privada con el espíritu cristiano, único capaz de sublimar á un mortal hasta la altura en que hoy lo contemplamos?

Tal fué Cánovas del Castillo, y yo os invito á que, repasando conmigo los principales actos de su laboriosa vida, lo admiréis primero como hombre de letras, poeta, orador, filósofo, historiógrafo; luego como político, y en todas circunstancias como cristiano. Concededme, os ruego, vuestra benévola atención.

I
 Cuéntase de Napoleón el Grande, que felicitándolo un día el Emperador de Austria por el hallazgo de ciertos pergaminos que indicaban la ilustre prosapia de los Bonapartes, contestó altivamente: "No necesito antepasados; yo soy el Rodolfo de Hapsburgo de mi raza." Otro tanto podría decir Cánovas del Castillo. Nació, como bien sabéis, al expirar la tercera década de este siglo, y para labrarse una carrera y una posición no contaba más que con los recursos de su ingenio. Era la época de las contiendas civiles y de las luchas políticas en España, y era preciso abrirse camino, ó con la espada de acero del militar, ó con la espada de la palabra del orador. Prefirió la segunda, y desde su temprana juventud se dedicó á adquirir esa multitud de conocimientos que exige tan difícil carrera. Casi todas las demás artes, dice Cicerón, tienen cada una de por sí cuanto basta para sostenerse; *cætera fere artes se ipsæ per se tuentur singulæ*. Pero el arte de bien decir es, á saber, de hablar con ciencia, con pericia y con elegancia; no tiene límite alguno que lo circunscribe como en un campo cercado; *bene dicere autem, quod est scienter, perite et ornate dicere, non habet definitam aliquam regionem cujus terminis septa tueantur*. Quien aspire á esta gloria debe saber disertar

con pericia, y saber argumentar su talento, y poder disculparse en los errores de su lenguaje, y en el nombre de ora-

dor; *omnia quæcumque in hominum disceptationem cadere possunt, bene sunt ei dicenda qui hoc se posse profitetur, aut eloquentiæ nomen reliquendum est.*

Exige el mismo Marco Tulio² la lectura asidua de los poetas, el conocimiento profundo de la historia y el estudio del Derecho Civil, recomendando al joven orador un ejercicio que acostumbraron en sus primeros años los elocuentes Craso y Cayo Carbón. Solían aprender de memoria versos de Enio, y luego recitarlos varias veces, expresando su sentido con locuciones diferentes; otras se ocupaban en traducir con elegantes frases latinas las oraciones de Demóstenes y otros griegos, y antes de salir al campo, se adiestraban, como gráficamente nos dice, en estas domésticas escaramuzas.

Cánovas no sólo siguió estos consejos, sino que fué más allá, y apropiándose los conceptos de los autores clásicos antiguos y modernos, compuso él mismo versos originales, y cultivó la poesía, no tan sólo en sus mocedades, sino en la edad madura, y hasta en los últimos años de su vida. ¿Hay que vituperarlo por esto, como lo han hecho algunos críticos? El cultivo de la poesía es para el hombre de letras lo que el ejercicio de la esgrima para el hombre de guerra. Indispensable éste al joven oficial, es no menos necesario al general encanecido en el campo de batalla. No que sea propio de un guerrero de edad madura y elevada jerarquía el sentar plaza de duelista ó de maestro de armas; pero es su deber no olvidar el manejo de la espada ni exponerse á perder el vigor del cuerpo entregándose á la inacción.

No de otra suerte acaece con la esgrima del entendimiento; y el cultivo de la poesía que formó parte integrante de la educación del joven, sirvió al estadista ya maduro, no sólo para llenar los forzados ocios en que lo sumergió de vez en cuando la política, sino para no dejar enervar aquellas brillantes facultades, que cada vez que salía de su involuntario reposo, aparecían más frescas y más vigorosas.

Entre las poesías de sus juveniles años, encontramos una intitulada: ILUSIONES Y DESENGAÑOS—ROMA—ITALIA, á que en la última edición añade la siguiente nota: “Ni una palabra he alterado en esta composición, que modifique la expresión de los sinceros sentimientos del autor en su juvenil edad y durante la crisis tremenda de 1847 á 1849.—Por lo demás, ilusiones y desengaños que padeció un Pontífice como Pío IX, nada tiene de particular que por un estudiante de jurisprudencia se padeciesen.” ¿Por ventura al trazar recientemente estas líneas, ó al cantar hace medio siglo

“¡Y yo, Italia, te amaba!

Y allá en la noche oscura

Tal vez gloria y virtud en tí soñaba;”

por ventura presentía el desengañado poeta que del seno de esa Italia regenerada á la moderna, había de salir el asesino que le cavara sangriento sepulcro?

No procuremos investigarlo. Es cierto que este es uno de sus primeros ensayos; pero él mismo nos dice que “sus opiniones, como todos sus sentimientos, por lo que toca á la religión, á la moral, á la patria, á la ciencia, á la historia, á las artes, dondequiera se pueden buscar,

menos en sus composiciones poéticas.” “Durante la edad madura (nos explica poco antes) la tribuna política y las Academias y corporaciones literarias han dado á mi actividad intelectual constante y vivo empleo. Raro será el asunto elevado, digno de la poesía filosófica ó política, que no me haya visto obligado á tratar desde poco después de cumplir los veinticinco años, delante de grandes concursos de espectadores, con todo el fuego que puede prestar á la palabra la sinceridad inequívoca de las emociones. Satisfecho con esto, renuncié en la poesía á los asuntos patrióticos y otros semejantes á poco de ser diputado, del modo más insensible y espontáneo.”

o Cerremos, por tanto, el volumen de sus versos, y para estudiarlo más á fondo pongámonos á hojear, ya que otra cosa no nos es dado, sus obras históricas, oratorias y filosóficas.

o Donde mejor podemos descubrir el ánimo recto, la conciencia delicada y el acendrado patriotismo de D. Antonio Cánovas es, á mi ver, en sus *Estudios sobre el reinado de Felipe IV*. Publicados cuando el autor tenía cuarenta años; refundidos cuatro lustros más tarde, nos revelan el modo de pensar del gran político en tan diversas épocas de su vida, y nos dan la clave de su conducta en este último período. En sus discursos, ya improvisados, ya escritos, por sincero que fuese al expresar sus pensamientos, tenía que atender á captarse la benevolencia de un auditorio fácilmente impresionable, y no le era dado vaciar tan completamente su corazón como al escribir la historia, destinada á lectores que tenían la facilidad de meditar á sangre fría y en silencio los concep-